EL TEATRO
MODERNO

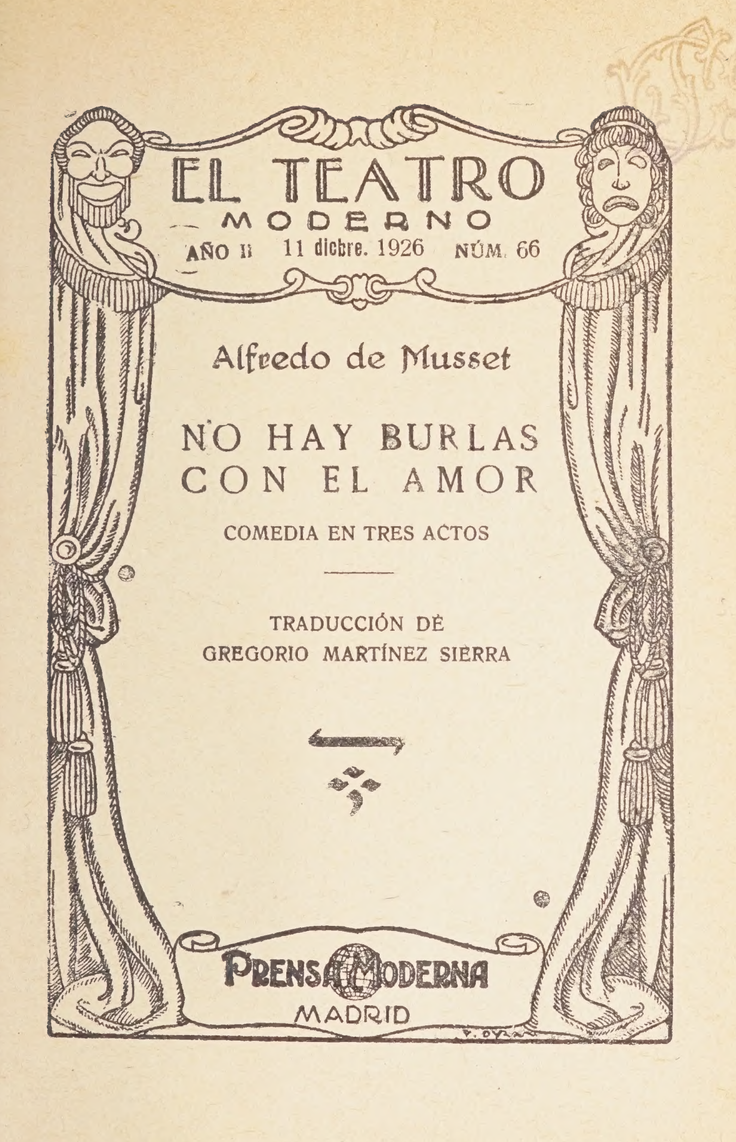
ALFREDO de MUSSET

NO HAY BURLAS CON EL AMOR



PRENSA MODERNA 50 CENTIMOS

NO HAY BURLAS CON EL AMOR



EL TEATRO MODERNO

AÑO II 11 dicbre. 1926 NÚM. 66

Alfredo de Musset

NO HAY BURLAS CON EL AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

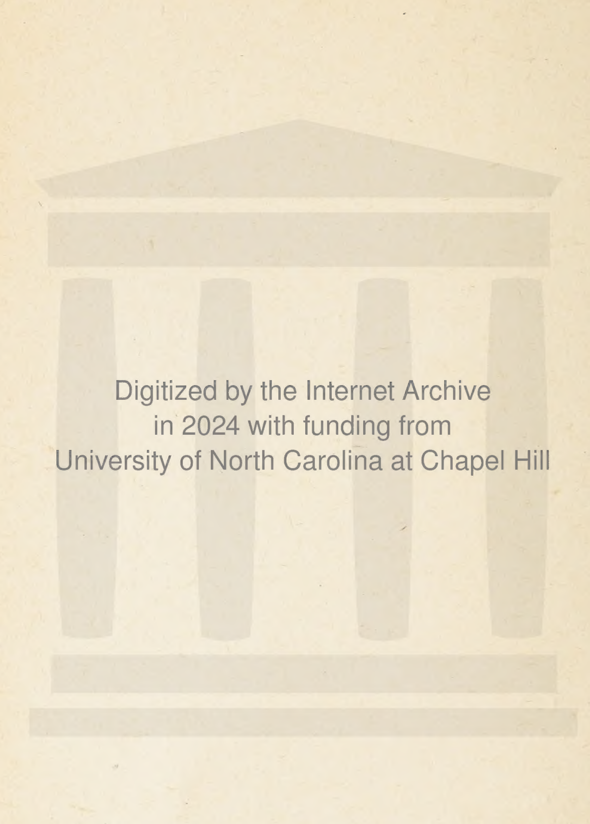
TRADUCCIÓN DE
GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

PRENSA MODERNA
MADRID

PERSONAJES

El Barón.
Perdicán, su hijo.
Don Blasio, preceptor de Perdicán.
Don Bridenio, cura de la aldea.
Camila, sobrina del Barón.
Doña Felpa, su aya.
Roseta, hermana de leche de Camila.
El Coro.
Aldeanos. Lacayos.

ACTO PRIMERO





CUADRO PRIMERO

Plaza delante del castillo.

El Coro, y después *Don Blasio* y *Doña Felpa.*

CORO. Suavemente mecido sobre su fogosa mula, don Blasio adelanta entre los acianos en flor, vestido de nuevo, con su tintero en el cinto. Como un rorro en la almohada, se balancea sobre su abultada panza, y, con los ojos entornados, rezonga un "Pater noster". ¡Salud, don Blasio! Llegáis a tiempo para la vendimia, semejante a un ánfora antigua.

BLASIO. Que los que quieran saber una noticia importante, empiecen por traerme un vaso de vino.

CORO. Aquí está la más grande de nuestras escudillas; bebed, don Blasio; el vino es bueno; después hablaréis.

BLASIO. Habéis de saber, hijos míos, que el joven Perdicán, hijo de nuestro señor, acaba de alcanzar su mayor edad, y que ha sido graduado doctor en París. Hoy mismo vuelve al castillo, con la boca llena de modos de hablar tan galanos y tan floridos, que la mayoría de las veces no sabe uno qué responderle. Toda su graciosa persona es un libro de oro; no ve una brizna de hierba, sin que os diga cómo se llama en latín; y cuando hace viento o llueve, os dice claramente por qué. Abriríais unos ojos grandes como esa puerta, si le vieseis desenrollar uno de los pergaminos que ha iluminado con tintas de todos colores, con sus propias manos y sin decir nada a nadie. En fin, es un diamante fino de pies a cabeza, y esto es lo

que vengo a anunciar al señor Barón. Comprenderéis que ello me honra un tanto, a mí que soy su preceptor desde la edad de cuatro años; por lo tanto, buenos amigos, traed una silla, para que yo pueda bajar de esta mula sin romperme la crisma; el animal es un poco travieso, y no me desagradaría beber un trago más antes de entrar en casa.

CORO. Bebed, don Blasio, y reanimaos. Hemos visto nacer a Perdicán y no era menester decirnos tanto, ahora que llega. ¡Ojalá encontremos al niño en el corazón del hombre!

BLASIO. La escudilla está vacía; no creí haber bebido tanto. Adiós; he preparado mientras venía trotando por el camino, dos o tres frases, sin pretensiones, que serán del agrado de mi señor. Voy a tocar la campana. *(Sale.)*

CORO. Duramente zarandeada sobre su asno jadeante, doña Felpa sube la colina; su escudero, cansado, apalea al pobre animal, que cabecea, con un cardo entre los dientes. Sus largas piernas flacas patalean de ira, mientras que sus manos huesudas pasan las cuentas de un rosario. Buenos días, doña Felpa; llegáis como la calentura, con el viento que hace amarillear los bosques.

FELPA. ¡Un vaso de agua, canallas! ¡Un vaso de agua y un poco de vinagre!

CORO. ¿De dónde venís, Felpa amiga? Vuestros cabellos postizos están cubiertos de polvo; se os ha descompuesto el tupé, y vuestra casta faldamenta está remangada hasta vuestras ligas venerables.

FELPA. Sabed, granujas, que la hermosa Camila, sobrina de vuestro amo, llega hoy al castillo. Ha salido del convento por orden expresa de mi señor para venir a punto y hora de recoger, como es debido, la buena herencia que le dejó su madre. Su educación, a Dios gracias, ha terminado, y los que la vean tendrán la gloria de aspirar una gloriosa flor de devoción y sabi-

duría; no hubo jamás nada tan puro, tan ángel, tan cordero y tan paloma como esta amada novicia. ¡Que el Señor del cielo la guíe! ¡Así sea! Apartaos, canallas; me parece que tengo las piernas hinchadas.

CORO. Desarrugaos, honrada dueña, y cuando roguéis a Dios, pedidle que llueva: nuestros trigos están tan secos como vuestras pantorrillas.

FELPA. Me habéis traído el agua en una escudilla que huele a cocina; dadme la mano para apearme. Sois brutos y mal enseñados. *(Sale.)*

CORO. Pongámonos la ropa dominguera, y esperemos a que el Barón nos mande llamar. O mucho me engaño, o está hoy en el aire alguna alegre comilona. *(Salen.)*

CUADRO SEGUNDO

El salón del Barón.

Entran el *Barón, Don Blasio* y *Don Bridenio.*

BARON. Padre cura, sois mi amigo; os presento a don Blasio, preceptor de mi hijo. Mi hijo ha cumplido ayer a mediodía y ocho minutos veintiún años justos: es doctor por cuatro bolas blancas. Don Blasio, os presento a don Bridenio, cura de la parroquia: es mi amigo.

BLASIO. *(Saludando.)* Por cuatro bolas blancas, señor: literatura, filosofía, derecho romano y derecho canónico.

BARON. Id a vuestro cuarto, don Blasio; mi hijo no tardará en comparecer; arreglaos un poco, y volved cuando suene la campana. *(Don Blasio sale.)*

BRIDE. ¿Me atreveré a deciros lo que pienso, señor? El preceptor de vuestro hijo huele a vino escandalosamente.

BARON. Es imposible.

BRIDE. Estoy tan seguro como de que vivo; me ha

hablado muy de cerca hace un momento: olía a vino aterradoramente.

BARON. ¡Basta! Os repito que es imposible. *(Entra doña Felpa.)* ¿Estáis aquí, doña Felpa? ¿Mi sobrina, sin duda, viene con vos?

FELPA. Me sigue, monseñor; me he adelantado algunos pasos.

BARON. Padre, sois mi amigo. Os presento a doña Felpa, aya de mi sobrina. Mi sobrina llegó a la edad de diez y ocho años, ayer a las siete de la noche; sale del mejor convento de Francia. Doña Felpa, os presento a don Bridenio, cura de la parroquia: es mi amigo.

FELPA. *(Saludando.)* Del mejor convento de Francia, señor, y me atrevo a añadir: la mejor cristiana del convento.

BARON. Id, doña Felpa, a reparar el desorden en que os encontráis; espero que mi sobrina llegará en seguida: estad lista para la hora de comer. *(Sale doña Felpa.)*

BRIDE. Esta anciana doncella me parece completamente llena de unción.

BARON. De unción y de compunción, padre; su virtud es inatacable.

BRIDE. Pero el preceptor huele a vino. Tengo la certeza.

BARON. Padre cura, hay momentos en que dudo de vuestra amistad. ¿Os empeñáis en contradecirme? ¡Ni una palabra más sobre este asunto! He formado el designio de casar a mi hijo con mi sobrina: es una pareja proporcionada; su educación me cuesta seis mil escudos.

BRIDE. Será necesario obtener dispensa.

BARON. Ya la tengo: está encima de la mesa, en mi despacho. ¡Oh, amigo mío! Sabed que estoy lleno de júbilo. Os consta que en todo tiempo he sentido el horror más profundo hacia la soledad. Sin embargo, el puesto que ocupo y la gravedad de mi hábito me obligan a permanecer en este castillo durante tres meses del

verano y tres del invierno. Es imposible hacer la felicidad de los hombres en general, y de nuestros vasallos en particular, sin dar a veces a nuestro ayuda de cámara orden de no dejar entrar a nadie. ¡Qué austero y qué difícil es el recogimiento del estadista! ¡Y qué placer no encontraré en mitigar, con la presencia de mis dos hijos reunidos, la sombría tristeza de la cual soy necesariamente presa, desde que el Rey me ha nombrado recaudador de contribuciones!

BRIDE. ¿El matrimonio se celebrará aquí o en París?

BARON. Estaba esperando que me lo preguntarais; estaba seguro de que me lo habíais de preguntar. Pues bien, amigo mío, ¿qué diríais si esas manos, sí, padre, vuestras propias manos—no os las miréis con aire tan lamentable—estuviesen destinadas a bendecir solemnemente la feliz confirmación de mis más caros sueños? ¿Eh?

BRIDE. Me callo; el agradecimiento me cierra la boca.

BARON. Mirad por esta ventana. ¿No veis cómo mis criados acuden en multitud a la verja? Mis dos hijos llegan al mismo tiempo; he ahí la combinación más afortunada. He dispuesto las cosas de modo que todo esté previsto. Mi sobrina entrará por esa puerta de la derecha, y mi hijo por esa puerta de la izquierda. ¿Qué os parece? Me regocijo pensando cómo se encontrarán, qué se dirán; seis mil escudos no son una futesa, evidentemente. Estos chiquillos, además, se amaban tiernamente desde la cuna. Se me ocurre una idea.

BRIDE. ¿Cuál?

BARON. Durante la comida... como quien no quiere la cosa... ¿comprendéis?... mientras vaciamos gozosamente unas cuantas copas... ¿sabéis latín, padre?

BRIDE. "¡Ita œdepol", pardiez, sí lo sé!

BARON. Me agradaría mucho que hicieseis hablar en latín al muchacho... discretamente se entien-

de... delante de su prima; eso no puede menos de producir muy buen efecto...; sí, sí, que hable un poco en latín, no precisamente durante la comida, porque eso podría resultar fastidioso, tanto más cuanto que yo no entiendo palabra... pero a los postres... ¿comprendéis?

BRIDE. Si vos no entendéis palabra, es muy posible que vuestra sobrina esté en el mismo caso.

BARON. Razón de más. ¿Cómo queréis que una mujer deje de admirar lo que no entiende? ¿De dónde salís, padre cura? Vuestro razonamiento me da lástima.

BRIDE. Conozco poco a las mujeres, pero me parece que es difícil admirar lo que no se comprende.

BARON. Yo las conozco, sí, conozco a esos seres hechiceros e indefinibles. Podéis estar seguro de que les gusta que les echen polvo a los ojos, y que cuanto más se les echa más los abren, para cegarse más. *(Perdicán entra por un lado. Camila por el otro.)* ¡Buenos días, hijos míos; buenos días, mi amada Camila, mi querido Perdicán! ¡Abrazadme y abrazaos!

PERDI. ¡Buenos días, padre mío, y hermana mía muy amada! ¡Qué dicha! ¡Qué feliz soy!

CAMI. Padre y primo mío, os saludo.

PERDI. ¡Qué alta estás, Camila! ¡Y hermosa como el día!

BARON. ¿Cuándo saliste de París, Perdicán?

PERDI. El miércoles, creo, o el martes. ¡Cómo te has metamorfoseado en mujer! Entonces ¿es que yo soy ya un hombre? Me parece que fué ayer cuando te vi así de alta.

BARON. Debéis estar cansados: el camino es largo y hace calor.

PERDI. ¡Oh, Dios mío! No. ¡Mirad, padre, qué linda es Camila!

BARON. Vamos, Camila, abraza a tu primo.

CAMI. Dispensadme.

BARON. Un piropo bien vale un beso; abrázala, Perdicán.

PERDI. Si mi prima retrocede cuando le alargo la mano, os diré a mi vez: dispensadme; el amor puede robar un beso, pero la amistad no.

CAMI. Ni la amistad ni el amor deben recibir más de lo que puedan devolver.

BARON. *(A don Bridenio.)* He aquí un principio de mal agüero, ¿eh?

BRIDE. *(Al Barón.)* El exceso de pudor es sin duda un defecto; pero el matrimonio derriba hartos escrúpulos.

BARON. *(Al padre cura.)* Estoy molesto... herido... Esta respuesta me ha disgustado... "¡Dispensadme!" ¿Habéis reparado en que ha estado a punto de santiguarse? Venid, quiero hablaros... Me es extraordinariamente penoso. Este momento, que hubiera debido ser tan dulce para mí, se me ha echado a perder completamente... Estoy disgustado, ofendido... ¡Diablo! ¡Es muy desagradable!

BRIDE. Decidles algunas palabras; ved cómo se vuelven la espalda.

BARON. Hijos míos, ¿en qué pensáis? Camila, ¿qué haces delante de ese tapiz?

CAMI. *(Mirando un cuadro.)* ¡Qué hermoso retrato! ¿No es de una tía abuela nuestra?

BARON. Sí, hija mía, es tu bisabuela... o, al menos, la hermana de tu bisabuelo... porque la buena señora no ha contribuído, que yo sepa, más que con sus oraciones al aumento de la familia... Era, a fe mía, una santa mujer.

CAMI. ¡Oh! ¡Sí, una santa!... Es mi tía abuela Isabel. ¡Qué bien le sienta el hábito de religiosa!

BARON. Y tú, Perdicán, ¿qué haces delante de esa maceta?

PERDI. He aquí una flor encantadora, padre. Es un heliotropo.

BARON. ¿Te burlas? ¡Si no es más grande que una mosca!

PERDI. Esta flor, pequeña como una mosca, tiene su valor.

BRIDE. Sin duda. El doctor dice bien. Preguntadle a

qué sexo, a qué clase pertenece, de qué elementos se forma, de dónde le vienen su savia y su color; os hará caer en éxtasis detallándoos los fenómenos de esa brizna de hierba, desde la raíz hasta la flor.

PERDI. No alcanzo tan lejos, reverendo padre. Me parece que huele bien, y eso es todo.

CUADRO TERCERO

Delante del castillo.

Entra el *Coro.*

CORO. Varias cosas me divierten y excitan mi curiosidad. Venid, amigos, y sentémonos bajo este nogal. Dos formidables comilones están en este instante frente a frente en el castillo: Don Blasio y don Bridenio. ¿No habéis reparado en una cosa: en que cuando dos hombres casi semejantes, igualmente gordos, igualmente necios, con los mismos vicios y las mismas pasiones, se encuentran por azar, es absolutamente necesario que se adoren o que se aborrezcan? Por razón de que los contrarios se atraen, de que un hombre alto y seco ha de amar a un hombre pequeño y redondo, de que los rubios buscan a los morenos, y recíprocamente, preveo una lucha secreta entre el preceptor y el cura. Los dos están provistos de desvergüenza igual; ambos tienen por vientre un tonel; no sólo son glotones, sino sibaritas: se disputarán, a la hora de comer, no sólo la cantidad, sino la calidad. Si el pescado es pequeño, ¿qué hacer? Y, en todo caso, una lengua de carpa no puede partirse, y una carpa no puede tener dos lenguas. "Item", ambos son habladores; pero, después de todo, pueden hablar a un tiempo sin hacerse caso el uno al otro. Ya el cura ha querido dirigir al joven Perdicán varias preguntas pedantes, y el preceptor ha fruncido el

ceño. Le es desagradable que alguien, no siendo él, parezca poner a prueba a su discípulo. "Item", son tan ignorantes el uno como el otro. "Item", son clérigos los dos: el uno se dará tono con su curato, el otro con su cargo de preceptor. Don Blasio confiesa al hijo, y don Bridenio al padre. Ya los veo de codos sobre la mesa, con las mejillas encendidas, los ojos saltones, sacudiendo de odio sus sotabarbas carnosas. Se miran de pies a cabeza, y comienzan escarceos ligeros, escaramuzas; bien pronto se declara la guerra; las canalladas de toda clase se cruzan y se cambian, y para colmo de desdichas, entre los dos borrachos se agita doña Felpa, que los rechaza a ambos con sus codos afilados. Ahora que ha terminado la comida, se abre la verja del castillo. Salen los comensales. Apartémonos a un lado. *(Sale el Coro. Entran el Barón y doña Felpa.)*

BARON. Venerable dueña, estoy apenado.

FELPA. ¿Es posible, señor?

BARON. Sí, Felpa; es posible. Había contado, desde hace largo tiempo..., hasta lo había escrito y anotado..., sobre mis tabletas de bolsillo..., que este día había de ser el más agradable de mis días...; sí, excelente dueña: el más agradable... No ignoráis mi designio de casar a mi hijo con mi sobrina...; estaba resuelto..., convenido..., había hablado al cura... y veo, creo ver, que estos chiquillos se hablan fríamente: no se han dicho una palabra.

FELPA. Por ahí vienen, monseñor. ¿Están advertidos de vuestros proyectos?

BARON. Les he dicho algunas palabras en particular. Creo que sería conveniente, puesto que están reunidos, que nos sentásemos bajo esta umbría propicia, y les dejásemos solos un instante. *(Se retiran el Barón y doña Felpa. Entran Camila y Perdicán.)*

PERDI. ¿Sabes que no tiene nada de amable, Camila, el haberme negado un beso?

CAMI. Yo soy así. Es mi modo de ser.

PERDI. ¿Quieres apoyarte en mi brazo para dar una vuelta por la aldea?

CAMI. No; estoy cansada.

PERDI. ¿No te agradaría volver a ver la pradera? ¿Te acuerdas de nuestros paseos en barca? Ven, bajaremos hasta los molinos; yo remaré, y tú llevarás el timón.

CAMI. No tengo gana.

PERDI. Me partes el alma. ¡Cómo! ¿Ni un recuerdo, Camila? ¿Ni un latido del corazón por nuestra infancia, por todo ese pobre tiempo pasado, tan bueno, tan suave, tan lleno de tonterías deliciosas? ¿No quieres venir a ver el sendero por donde íbamos a la granja?

CAMI. No; esta tarde, no.

PERDI. ¡Esta tarde, no! Entonces, ¿cuándo? Toda nuestra vida está en estos lugares.

CAMI. No soy lo bastante niña para divertirme con mis muñecas, ni lo bastante vieja para amar el pasado.

PERDI. ¿Cómo dices eso?

CAMI. Digo que los recuerdos de infancia no me agradan.

PERDI. ¿Te aburren?

CAMI. Sí; me aburren.

PERDI. ¡Pobrecilla! Te compadezco sinceramente. *(Salen cada uno por su lado.)*

BARON. *(Volviendo a entrar con doña Felpa.)* Ya habéis visto y oído, excelente dueña; esperaba la más suave armonía, y me parece asistir a un concierto en que el violín toca "Mi corazón suspira", mientras la flauta toca "¡Viva Enrique IV!" Pensad en la discordancia espantosa que semejante combinación habría de producir: eso es, sin embargo, lo que sucede en mi corazón.

FELPA. Lo confieso: me es imposible censurar a Camila, y nada hay de peor tono, a mi entender, que los paseos en barca.

BARON. ¿Habláis en serio?

FELPA. Una joven que se respeta no se arriesga sobre un estanque.

BARON. Pero observad, señora dueña, que su primo debe casarse con ella, y que, por lo tanto...

FELPA. Las conveniencias prohiben llevar un timón, y es de muy mal gusto dejar la tierra firme, sola con un joven.

BARON. Pero repito..., os digo...

FELPA. Esa es mi opinión.

BARON. ¿Estáis loca? En verdad acabaríais por hacerme decir... Hay ciertas expresiones que no quiero..., que me repugnan... Pero me dais gana de... En verdad, si no me contuviera... ¡Sois una pécora, Felpa! ¡No sé qué pensar de vos! *(Sale.)*

CUADRO CUARTO

Una plaza.

El *Coro, Perdicán.*

PERDI. Buenos días, amigos. ¿Me reconocéis?

CORO. Señor, os parecéis a un niño a quien hemos querido mucho.

PERDI. ¿No sois vosotros los que me llevabais en hombros para hacerme pasar los arroyos de vuestras praderas, los que me hacíais saltar sobre vuestras rodillas, los que me llevabais a la grupa de vuestros caballos robustos, los que algunas veces os estrechabais en torno de vuestras mesas para hacerme sitio en la cena de vuestra granja?

CORO. Nos acordamos, señor. Erais el chiquillo más malo y el niño más bueno del mundo.

PERDI. ¿Y por qué, entonces, no me abrazáis, en vez de saludarme como a un extraño?

CORO. ¡Dios te bendiga, hijo de nuestras entrañas! Cada uno de nosotros quisiera cogerte en brazos; pero somos viejos, señor, y vos sois ya un hombre.

PERDI. Sí; hace diez años que no os he visto, y en un día todo cambia bajo el sol. Me he levantado unos cuantos pies hacia el cielo, y vosotros os habéis inclinado unas cuantas pulgadas hacia el sepulcro. Vuestras cabezas han encanecido, vuestros pasos se han hecho más lentos; ya no podéis levantar del suelo a vuestro niño de antes. Ahora me toca a mí ser vuestro padre, puesto que vosotros lo fuisteis mío.

CORO. Vuestra vuelta es un día más dichoso que vuestro nacimiento. Es más dulce volver a encontrar a quien se ama, que abrazar a un recién nacido.

PERDI. ¡Este es mi amado valle! ¡Mis nogales, mis senderos verdes, mi fuentecilla! ¡Aquí están mis días pasados, aún llenos de vida! ¡Aquí el mundo misterioso de mis sueños de infancia! ¡Oh, patria! ¡Patria, palabra incomprensible! ¿Acaso no ha nacido el hombre más que para un rincón de tierra, para construir en él su nido y para vivir en él un día?

CORO. Nos han dicho que sois un sabio, señor.

PERDI. Sí; a mí también me lo han dicho. Las ciencias son cosa hermosa, hijos míos; estos árboles y estas praderas enseñan en alta voz la más hermosa de todas, el olvido de lo que se sabe.

CORO. Ha habido más de un cambio durante vuestra ausencia. Hay mozas casadas, y mozos que se han ido al Ejército.

PERDI. Ya me lo contaréis todo. Espero muchas novedades; pero, en verdad, no quiero saberlas todavía. ¡Qué pequeño es este lavadero! Antes me parecía inmenso; me había llevado en la cabeza un océano y bosques, y me encuentro una gota de agua y matas de hierba. ¿Quién es esa joven que canta a su ventana, detrás de esos árboles?

CORO. Es Roseta, la hermana de leche de vuestra prima Camila.

PERDI. *(Adelantándose.)* Baja pronto, Roseta, y ven aquí.

ROSE. *(Entrando.)* Sí, monseñor.
PERDI. ¿Me veías desde la ventana y no venías, pícara? Dame pronto esa mano y esas mejillas, para darte un beso.
ROSE. Sí, monseñor.
PERDI. ¿Estás casada, chiquilla? Me han dicho que sí.
ROSE. ¡Oh! No.
PERDI. ¿Por qué? No hay en la aldea niña más bonita que tú. Te casaremos, hija mía.
CORO. Señor, quiere morir doncella.
PERDI. ¿Es verdad, Roseta?
ROSE. ¡Oh! No.
PERDI. Tu hermana Camila ha llegado. ¿La has visto?
ROSE. Aún no ha venido por aquí.
PERDI. Anda a ponerte el traje nuevo, y ven a cenar al castillo.

CUADRO QUINTO

Una sala.

Entran el *Barón* y *Don Blasio.*

BLASIO. Señor, tengo que deciros una palabra: el cura de la parroquia es un borracho.
BARON. ¡De ninguna manera! ¡No es posible!
BLASIO. Estoy cierto: se ha bebido tres botellas de vino a la comida.
BARON. Eso es exorbitante.
BLASIO. Y al levantarse de la mesa ha ido pisando los macizos del jardín.
BARON. ¿Los macizos?... Estoy confuso... ¡Es muy extraño!... ¡Beberse tres botellas de vino a la comida! ¡Ir pisando los macizos! ¡Es incomprensible! ¿Por qué no iba por la senda, como todo el mundo?
BLASIO. Porque se iba tambaleando.
BARON. Empiezo a creer que don Bridenio tenía razón esta mañana. Este Blasio huele a vino de una manera horrible.

BLASIO. Además, ha comido mucho: se le trababa la lengua.

BARON. Verdad es que también lo he notado.

BLASIO. Ha dejado escapar algunas palabras latinas: eran otros tantos solecismos. Señor, es un hombre depravado.

BARON. *(Aparte.)* ¡Uf! Este Blasio tiene un olor intolerable. *(Alto.)* Habéis de saber, preceptor, que tengo otras cosas en que pensar, y que no me mezclo nunca en lo que se bebe ni en lo que se come. No soy un mayordomo.

BLASIO. ¡No permita Dios que yo os moleste, señor Barón! Vuestro vino es bueno.

BARON. Hay buen vino en mis bodegas.

BRIDE. *(Entrando.)* Señor, vuestro hijo está en la plaza, seguido por todos los granujas de la aldea.

BARON. ¡Eso es imposible!

BRIDE. Lo he visto con mis propios ojos: estaba recogiendo piedras del suelo para tirarlas con un tirador.

BARON. ¿Con un tirador? Se me va la cabeza; todas mis ideas se trastornan. Me contáis una cosa insensata, Bridenio; es inaudito que un doctor tire piedras con un tirador.

BRIDE. Asomaos a la ventana, monseñor, y lo veréis con vuestros propios ojos.

BARON. *(Aparte.)* ¡Cielos! Blasio tiene razón: Bridenio va haciendo eses.

BRIDE. Mirad, monseñor: allí está, junto al lavadero. Trae del brazo a una mozuela aldeana.

BARON. ¿A una mozuela? ¿Mi hijo viene aquí para pervertir a mis vasallas? ¡Una aldeana del brazo! ¡Y todos los chiquillos del pueblo en derredor suyo! ¡Me siento fuera de mí!

BRIDE. ¡Esto clama venganza!

BARON. ¡Todo se ha perdido!... ¡Perdido sin remedio!... ¡Estoy perdido: Bridenio anda haciendo eses; Blasio huele a vino horrorosamente, y mi hijo seduce a todas las mozas de la aldea tirando piedras con un tirador! *(Sale.)*



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Un jardín.

Entran *Don Blasio* y *Perdicán.*

BLASIO. Señor, vuestro padre está desesperado.

PERDI. ¿Por qué?

BLASIO. ¿No ignoráis que había formado el proyecto de uniros a vuestra prima Camila?

PERDI. No deseo otra cosa.

BLASIO. Sin embargo, el Barón cree observar que vuestros caracteres no concuerdan.

PERDI. Es lástima: yo no puedo cambiar el mío.

BLASIO. ¿Haréis imposible ese matrimonio?

PERDI. Os repito que me casaría gustosísimo con Camila. Id a buscar al Barón y decídselo.

BLASIO. Señor, me retiro. Vuestra prima se acerca. *(Sale. Entra Camila.)*

PERDI. ¿Ya levantada, prima? Sigo pensando lo que te dije ayer: eres linda como una flor.

CAMI. Hablemos en serio; Perdicán, vuestro padre quiere casarnos. No sé lo que pensáis; pero yo creo hacer lo que debo advirtiéndoos que he tomado mi resolución.

PERDI. ¡Pobre de mí si os desagrado!

CAMI. Ni más ni menos que otro cualquiera. No quiero casarme: en esto no hay nada que pueda herir vuestro orgullo.

PERDI. No se trata de orgullo; no estimo ni sus goces ni sus penas.

CAMI. He venido aquí para recoger la herencia de mi madre; mañana vuelvo al convento.

PERDI. Hablas con franqueza; dame la mano, y seamos buenos amigos.

CAMI. No me gusta dar la mano a nadie.

PERDI. Dame la mano, Camila: te lo ruego. ¿Qué temes de mí? ¿No quieres que nos casen? Pues bien: no nos casemos. ¿Es eso motivo para

odiarnos? Cuando tu madre dispuso nuestro matrimonio en su testamento, quiso que nuestra amistad fuese eterna, nada más. ¿Para qué casarnos? Aquí están tu mano y la mía, y para que permanezcan así, unidas hasta el último suspiro, ¿crees que hace falta un sacerdote? ¡No necesitamos más que a Dios!

CAMI. Celebro mucho que mi negativa os sea indiferente.

PERDI. No me es indiferente, Camila. Tu amor me hubiese dado la vida; pero tu amistad me consolará de haberle perdido. No te vayas mañana; ayer te has negado a dar una vuelta por el jardín porque no veías en mí sino un marido que no estabas dispuesta a aceptar. Quédate aquí unos cuantos días, déjame esperar que nuestra vida pasada no ha muerto para siempre en tu corazón.

CAMI. Estoy obligada a marcharme.

PERDI. ¿Por qué?

CAMI. Ese es mi secreto.

PERDI. ¿Quieres a otro?

CAMI. No; pero quiero marcharme.

PERDI. ¿Irrevocablemente?

CAMI. Sí; irrevocablemente.

PERDI. Adiós, entonces. Hubiese querido sentarme contigo bajo los castaños del bosquecillo, y charlar en buena amistad una o dos horas. Pero si te disgusta, no hablemos más; adiós, hija mía. *(Sale.)*

CAMI. *(A doña Felpa, que entra.)* ¿Está todo listo? ¿Partiremos mañana? Mi tutor, ¿ha terminado sus cuentas?

FELPA. Sí, paloma sin mancha. El Barón me ha llamado pécora ayer tarde, y estoy contentísima de que nos marchemos.

CAMI. Tomad estas palabras escritas que entregaréis de mi parte, antes de comer, a mi primo Perdicán.

FELPA. ¡Señor, Dios mío! ¿Es posible? ¿Escribís un billete a un hombre?

CAMI. ¿No voy a ser su mujer? Me parece que puedo escribir a mi prometido.

FELPA. El señor Perdicán sale de aquí ahora mismo. ¿Qué podéis escribirle? ¿Vuestro prometido? ¡Dios nos asista! ¿Será verdad que olvidáis a Jesús?

CAMI. Haced lo que os digo, y disponedlo todo para nuestra marcha. *(Salen.)*

CUADRO SEGUNDO

Entra *Don Bridenio.*

BRIDE. Seguramente le pondrán hoy también en el puesto de honor. Esa silla que he ocupado tanto tiempo a la derecha del Barón, será presa del preceptor. ¡Desdichado de mí! Un asno con albarda, un beodo impúdico me relega al extremo de la mesa. El mayordomo le escanciará el primer vaso de Málaga, y cuando lleguen a mí, las fuentes estarán medio frías, y ya se habrán comido los mejores pedazos; no quedarán coles ni zanahorias en derredor de las perdices. ¡Oh, santa Iglesia católica! Que ayer le dieran el puesto de honor, se comprende: acababa de llegar; era la primera vez, desde hacía años, que se sentaba a nuestra mesa. ¡Dios! ¡Cómo comía! No; no me quedarán más que huesos y patas de pollo. Esta afrenta no la tolero. ¡Adiós, venerable sillón donde tantas veces me he repantigado, harto de manjares suculentos! ¡Adiós, botellas lacradas, sabor sin rival de caza bien guisada! ¡Adiós, mesa espléndida, noble comedor, ya no pronunciaré el "Benedicite"! Vuélvome a mi casa; no me verán confundido con la multitud de los invitados, y prefiero, como César, ser el primero en la aldea que el segundo en Roma. *(Sale.)*

CUADRO TERCERO

Campo delante de una casita.

Entran *Roseta* y *Perdicán.*

PERDI. Puesto que tu madre no está en casa, ven a dar un paseo.

ROSE. ¿Creéis que me están bien todos esos besos que me dais?

PERDI. ¿Qué mal encuentras en ellos? Te besaría delante de tu madre. ¿No eres hermana de Camila? ¿No soy tu hermano como lo soy suyo?

ROSE. Las palabras son palabras, y los besos son besos. No tengo ingenio, y harto lo noto en cuanto quiero decir algo. Las señoras entienden la diferencia que hay entre que les besen la mano derecha o la mano izquierda: sus padres las besan en la frente; sus hermanos, en la mejilla; sus enamorados, en los labios; a mí todo el mundo me besa en las dos mejillas, y eso me da pena.

PERDI. ¡Qué bonita eres!

ROSE. No os enfadéis por esto que digo. ¡Qué triste parecíais esta mañana! ¿Se ha deshecho vuestro matrimonio?

PERDI. Los campesinos de tu aldea se acuerdan de haberme amado; los perros del corral y los árboles del bosque se acuerdan también; pero Camila no se acuerda. Y tú, Roseta, ¿cuándo te casas?

ROSE. ¡No hablemos de eso! Hablemos del tiempo que hace, de estas flores, de vuestros caballos y de mis cofias.

PERDI. De lo que quieras, de todo lo que pueda pasar por tus labios sin quitarles esa sonrisa celestial, que respeto más que mi vida. *(La besa.)*

ROSE. Respetáis mi sonrisa, pero no respetáis nada mis labios, a lo que parece. Mirad: ved una gota de lluvia que me ha caído en la mano, y, sin embargo, el cielo está sin nubes.

PERDI. ¡Perdóname!
ROSE. ¿Qué os he hecho yo para que lloréis? *(Salen.)*

CUADRO CUARTO

En el castillo.

Entran *Don Blasio* y el *Barón.*

BLASIO. Señor, tengo una cosa extraña que deciros. Hace un momento estaba por casualidad en la cocina, quiero decir en la galería, ¿qué iba yo a haber hecho en la cocina? Estaba, pues, en la galería. Había encontrado por casualidad una botella de vino, quiero decir un jarro de agua, ¿cómo iba yo a encontrar una botella en la galería? Estaba, pues, bebiendo un trago de vino, quiero decir un vaso de agua, para pasar el tiempo, y miraba por la ventana, entre dos macetas que me parecían de gusto moderno, aunque imitadas del etrusco.

BARON. ¡Qué manera tan insoportable de hablar habéis adoptado, Blasio! Vuestros discursos son inexplicables.

BLASIO. Escuchadme, señor; prestadme un momento de atención. Estaba, pues, mirando por la ventana. ¡No os impacientéis, por el cielo! Se trata del honor de la familia.

BARON. ¿De la familia? Eso es incomprensible. ¡Del honor de la familia, Blasio! ¿Sabéis que entre París y las provincias somos treinta y siete varones y casi otras tantas hembras?

BLASIO. Permitidme continuar. Mientras estaba bebiendo un trago de vino, quiero decir un vaso de agua, para apresurar la digestión perezosa, figuraos que he visto pasar, por delante de la ventana, a doña Felpa, jadeante.

BARON. ¿Por qué jadeante, Blasio? Eso es insólito.

BLASIO. Y a su lado, roja de ira, vuestra sobrina Camila.

BARON. ¿Cuál estaba roja de ira? ¿Mi sobrina o su dueña?

BLASIO. Vuestra sobrina, señor.

BARON. ¡Mi sobrina roja de ira! ¡Es inaudito! ¿Y cómo sabéis que era de ira? Podía estar roja por mil razones: sin duda, había estado persiguiendo mariposas en mi parterre.

BLASIO. Sobre eso no puedo afirmar nada; es posible, pero exclamaba con fuerza: "¡Id! ¡Buscadle! ¡Haced lo que se os manda! ¡Sois una necia! ¡Lo quiero!" Y golpeaba con su abanico el codo de doña Felpa, que a cada exclamación daba un salto sobre el césped.

BARON. ¿Sobre el césped?... ¿Y qué respondía doña Felpa a las extravagancias de mi sobrina? Porque semejante conducta merece tal calificativo.

BLASIO. El aya respondía: "¡No quiero ir! ¡No le he encontrado! ¡Hace la corte a las mozas del pueblo, a las chiquillas que guardan los pavos! ¡Soy demasiado vieja para empezar a llevar y traer mensajes de amor; gracias a Dios, hasta hoy he vivido con las manos puras!" Y, mientras hablaba, estrujaba entre las manos un papelito doblado en cuatro.

BARON. No comprendo absolutamente nada; mis ideas se embrollan por completo. ¿Qué razón podía tener doña Felpa para estrujar un papel doblado en cuatro, dando saltos sobre el césped? No puedo dar fe a semejantes monstruosidades.

BLASIO. ¿No comprendéis claramente, señor, lo que todo esto significaba?

BARON. No, en verdad, amigo mío; no comprendo absolutamente nada. Todo ello me parece una conducta desordenada, es verdad; pero tan sin motivo como sin disculpa.

BLASIO. Eso quiere decir que vuestra sobrina sostiene una correspondencia secreta.

BARON. ¿Qué decís? ¿Recordáis a quién estáis ha-

blando? ¡Pesad vuestras palabras, señor clérigo!

BLASIO. Aunque las pesase en la balanza que ha de pesar mi alma en el juicio final, no encontraría ni una que suene a moneda falsa. Vuestra sobrina sostiene una correspondencia secreta.

BARON. Pero pensad, amigo mío, que eso es imposible.

BLASIO. ¿Por qué iba a encargar a su aya de llevar una carta? ¿Por qué iba a gritar: "¡Buscadle!", mientras la otra se enojaba y rezongaba?

BARON. ¿Y a quién iba dirigida esa carta?

BLASIO. Ese precisamente es el "hic", monseñor; "hic jacte lepus". ¿A quién iba dirigida esa carta? A un hombre que hace la corte a una mozuela que guarda pavos. Ahora bien, un hombre que hace públicamente la corte a una moza que guarda pavos, puede ser sospechado violentamente de haber nacido para guardarlos él. Sin embargo, es imposible que vuestra sobrina, con la educación que ha recibido, esté enamorada de un hombre semejante: eso es lo que digo, y por eso no comprendo nada, exactamente lo mismo que vos, con perdón sea dicho.

BARON. ¡Cielos! Mi sobrina me ha dicho esta mañana que rechaza la mano de su primo Perdicán. ¿Estará enamorada de un pavero? Pasemos a mi despacho; he experimentado desde ayer sacudidas tan violentas, que no puedo coordinar mis ideas. *(Salen.)*

CUADRO QUINTO

Una fuente en un bosque.

Entra *Perdicán.*

PERDI. *(Leyendo un billete.)* "A mediodía, junto a la fuente." ¿Qué quiere decir esto? ¿Tanta frialdad; una negativa tan positiva, tan cruel; un orgullo tan insensible, y, después de todo, una

cita? Si es para hablarme de negocios, ¿por qué elegir sitio semejante? ¿Es una coquetería? Esta mañana, mientras me paseaba con Roseta, he oído moverse algo en la maleza, y me ha parecido que era un paso de cierva. ¿Hay aquí alguna intriga? *(Entra Camila.)*

CAMI. Buenos días, primo; he creído notar, con razón o sin ella, que esta mañana os separabais de mí con tristeza. Me habéis cogido la mano, a pesar mío; vengo a pediros la vuestra. Os he negado un beso: tomadle. *(Le besa.)* Ahora, me habéis dicho que os gustaría hablar en buena amistad. Sentaos ahí, y hablemos. *(Se sienta.)*

PERDI. ¿Había yo soñado o estoy soñando en este momento?

CAMI. Os ha parecido extraño recibir un billete mío, ¿no es verdad? Soy de humor variable; pero me habéis dicho esta mañana una palabra muy justa: "Puesto que nos separamos, separémonos buenos amigos". No sabéis por qué razón me marcho, y vengo a decírosla: voy a tomar el hábito de religiosa.

PERDI. ¿Es posible? ¿Eres tú, Camila, eres tú la que veo en esta fuente, sentada sobre las margaritas como los días de antaño?

CAMI. Sí, Perdicán, soy yo. Vengo a vivir de nuevo un cuarto de hora de la vida pasada. Os he parecido brusca y altanera. Es muy sencillo: he renunciado al mundo. Sin embargo, antes de abandonarle, me gustaría saber vuestra opinión. ¿Os parece que tengo razón en hacerme religiosa?

PERDI. No me preguntéis sobre eso, porque yo nunca me haré fraile.

CAMI. En casi diez años que hemos vivido lejos uno de otro, habéis empezado la experiencia de la vida. Sé qué hombre sois, y debéis haber aprendido mucho en poco tiempo, con un corazón y un genio como los vuestros. Decidme: ¿habéis tenido amantes?

PERDI. ¿Por qué esa pregunta?
CAMI. Respondedme, os lo ruego, sin modestia y sin fatuidad.
PERDI. Las he tenido.
CAMI. ¿Las habéis amado?
PERDI. Con todo mi corazón.
CAMI. ¿Dónde están ahora? ¿Lo sabéis?
PERDI. He aquí, en verdad, preguntas extrañas. ¿Qué queréis que os diga? No soy ni su marido ni su hermano; estarán donde bien les parezca.
CAMI. Necesariamente debe haber una que hayáis preferido a las otras. ¿Cuánto tiempo amasteis a la que habéis amado más?
PERDI. ¡Eres una chiquilla graciosa! ¿Quieres convertirte en confesor mío?
CAMI. Es un favor que os pido: respondedme sinceramente. No sois un libertino, y creo que vuestro corazón tiene probidad. Habéis debido inspirar amor, porque lo merecéis, y porque no os habríais entregado a un capricho. Respondedme, os lo ruego.
PERDI. No recuerdo, a fe mía.
CAMI. ¿Conocéis a algún hombre que no haya amado más que a una mujer?
PERDI. Los hay, seguramente.
CAMI. ¿Es amigo vuestro? Decidme su nombre.
PERDI. No puedo deciros nombre ninguno; pero creo que hay hombres capaces de no amar sino una sola vez.
CAMI. ¿Cuántas veces puede amar un hombre honrado?
PERDI. ¿Quieres hacerme recitar una letanía, o eres tú la que estás recitando un catecismo?
CAMI. Quisiera instruirme, y saber si hago bien o mal en hacerme religiosa. Si me casase con vos, ¿no estaríais obligado a responder con franqueza a todas mis preguntas, y a mostrarme lealmente vuestro corazón? Os estimo mucho, y os creo, por vuestra educación y vuestra naturaleza, superior a otros muchos hombres. Siento que no recordéis lo que os pre-

gunto; acaso, conociéndoos mejor, me arriesgaría.

PERDI. ¿Dónde quieres ir a parar? Habla, responderé.

CAMI. Responded entonces a mi primera pregunta. ¿Hago bien en quedarme en el convento?

PERDI. No.

CAMI. ¿Haría mejor en casarme con vos?

PERDI. Sí.

CAMI. Si el cura de vuestra parroquia soplase sobre un vaso de agua y os dijese que era un vaso de vino, ¿le beberíais como tal?

PERDI. No.

CAMI. Si el cura de vuestra parroquia soplase sobre vos y me dijese que vais a amarme toda la vida, ¿tendré motivo para creerle?

PERDI. Sí y no.

CAMI. ¿Qué me aconsejaríais que hiciese el día en que viese que ya no me amabais?

PERDI. Tomar un amante.

CAMI. ¿Y qué haría después el día en que mi amante ya no me amase?

PERDI. Tomar otro.

CAMI. ¿Y cuánto tiempo duraría todo eso?

PERDI. Hasta el día en que tengas los cabellos grises; pero entonces los míos estarán blancos.

CAMI. ¿Sabéis lo que es un claustro, Perdicán? ¿Habéis pasado alguna vez el día entero sentado en el banco de un monasterio de mujeres?

PERDI. Sí.

CAMI. Tengo una amiga que no tiene más que treinta años, y que ha tenido quinientas mil libras de renta a los quince. Es la criatura más bella y más noble que ha pisado la tierra. Era par del Parlamento, y estaba casada con uno de los hombres más distinguidos de Francia. Ninguna de las nobles facultades humanas había quedado en ella sin cultivo, y, como arbusto de savia escogida, todos sus brotes habían dado ramas. Nunca el amor y la felicidad ceñirán su corona florida a frente más bella. Su

marido la ha engañado; ella ha amado a otro hombre, y se muere de desesperación.

PERDI. Es posible.

CAMI. Tenemos la misma celda, y hemos pasado noches enteras hablando de sus desgracias: casi se han hecho mías. Es extraño, ¿verdad? No sé en qué consiste. Cuando me hablaba de su matrimonio, cuando primero me pintaba la embriaguez de los primeros días, luego la tranquilidad de los otros, y cómo, por fin, todo había volado; cómo estaba sentada por las noches junto a la lumbre, y él, junto a la ventana, sin decirse una sola palabra; cómo su amor había languidecido, y cómo todos sus esfuerzos para acercarse uno a otro no engendraban sino querellas; cómo una figura extraña vino poco a poco a colocarse entre ellos y a deslizarse en sus sufrimientos, era a mí misma a quien yo iba viendo vivir mientras hablaba ella. Cuando decía: "Allí he sido feliz", mi corazón saltaba; y cuando añadía: "Allí he llorado", corrían mis lágrimas. Pues figuraos algo más extraño aún: he acabado por crearme una vida imaginaria; ha durado cuatro años; inútil deciros por cuántas reflexiones, por cuánta meditación sobre mí misma he llegado a esto. Lo que quería contaros como cosa curiosa es que todos los relatos de Luisa, todas las ficciones de mis sueños, se parecían a vos.

PERDI. ¿A mí?

CAMI. Sí, y es natural: erais el único hombre a quien yo había conocido. En verdad, os he amado, Perdicán.

PERDI. ¿Cuántos años tienes, Camila?

CAMI. Diez y ocho.

PERDI. Continúa: te escucho.

CAMI. Hay doscientas mujeres en nuestro convento; de ellas, unas pocas no conocerán nunca la vida, y todas las demás esperan la muerte. Más de una ha salido del monasterio, como yo sal-

go hoy, virgen y llena de esperanza. Todas han vuelto poco después, viejas y desoladas. Todos los días muere alguna en nuestros dormitorios, y todos los días vienen otras nuevas a ocupar el sitio de las muertas sobre los colchones de crin. Los extraños que nos visitan admiran la quietud y el orden de la casa; miran atentamente la blancura de nuestros velos; pero se preguntan por qué nos cubrimos los ojos con ellos. ¿Qué pensáis de esas mujeres, Perdicán? ¿Tienen razón o no la tienen?

PERDI. No lo sé.

CAMI. Hay algunas que me aconsejan que permanezca virgen. Me agrada consultaros. ¿Creéis que esas mujeres hubieran hecho mejor en tomar un amante y en aconsejarme que hiciera otro tanto?

PERDI. No lo sé.

CAMI. Me habéis prometido responderme.

PERDI. Tengo dispensa lícita. No creo que seas tú quien hablas.

CAMI. Bien puede ser; acaso en todas mis ideas hay cosas muy ridículas. Es posible que yo no sea más que un lorito a quien han enseñado una lección. Hay en la galería un cuadro que representa a un abad inclinado sobre un misal; a través de los barrotes oscuros de su celda, se desliza un débil rayo de sol, y se ve una "locanda" italiana, delante de la cual danza un cabrero. ¿A cuál de esos dos hombres estimáis más?

PERDI. Ni a uno ni a otro, y a los dos. Son dos hombres de carne y hueso; hay uno que lee, y otro que danza; no veo en ellos otra cosa. Tienes razón en hacerte monja.

CAMI. Hace un momento me decíais que no.

PERDI. ¿He dicho que no? Es posible.

CAMI. Entonces, ¿me lo aconsejáis?

PERDI. ¿De modo que no crees en nada?

CAMI. ¡Levanta la cabeza, Perdicán! ¿Cuál es el hombre que no cree en nada?

PERDI. *(Levantándose.)* Aquí tienes uno; no creo en la vida inmortal... Hermana querida, las religiosas te han dado su experiencia; pero hazme caso a mí, no es la tuya: no morirás sin haber amado.

CAMI. Quiero amar, pero no quiero sufrir; quiero amar con amor eterno, y hacer juramentos que no se violen. Este es mi amante. *(Enseña su crucifijo.)*

PERDI. Ese amante no excluye a los demás.

CAMI. Para mí, al menos, los excluirá. ¡No sonriáis, Perdicán! Hace diez años que no os he visto, y me marcho mañana. Dentro de otros diez años, si nos volvemos a ver, volveremos a hablar de esto. No he querido quedar en vuestro recuerdo como una fría estatua, porque la insensibilidad lleva al punto en que estoy. Escuchadme: volved a la vida, y mientras seáis feliz, mientras améis como se puede amar en la tierra, olvidad a vuestra hermana Camila; pero si alguna vez os olvidan, o si vos olvidáis; si el ángel de la esperanza os abandona, cuando estéis a solas con el vacío de vuestro corazón, pensad en mí, que rogaré por vos.

PERDI. Eres una orgullosa. Desconfía de ti misma.

CAMI. ¿Por qué?

PERDI. ¡Tienes diez y ocho años, y no crees en el amor!

CAMI. ¿Creéis vos? Aquí estáis postrado ante mí con rodillas que se han gastado sobre las alfombras de vuestras queridas, y ni siquiera recordáis su nombre. Habéis llorado lágrimas de gozo y lágrimas de desesperación; pero sabíais al llorarlas que el agua de los manantiales es más constante que vuestras lágrimas, y que siempre estaría a mano para lavar vuestros párpados hinchados. Hacéis vuestro oficio de galán, y sonreís cuando os hablan de mujeres desoladas; no creéis que pueda morirse de amor, vos, que vivís y habéis amado. ¿Qué es el mundo? Me parece que debéis des-

preciar cordialmente a las mujeres que os toman como sois, y que despiden a su último amante para atraeros a sus brazos con los besos de otro en los labios. Os preguntaba hace un instante si habíais amado; me habéis respondido como un viajero a quien se preguntase si ha estado en Italia o en Alemania, y respondiese: "Sí; he estado", y que, después, estuviese pensando en ir a Suiza o al primer país que se le antojase. ¿Es vuestro amor una moneda que así puede pasar de mano en mano hasta la muerte? No; no es ni siquiera una moneda; porque la más menuda pieza de oro vale más que vos, y en cualquier mano por la que pase conserva su efigie.

PERDI. ¡Qué hermosa eres, Camila, cuando se animan tus ojos!

CAMI. Sí; soy hermosa, lo sé. Los aduladores no me dirán nada que yo ignore: la fría monja que corte mis cabellos, palidecerá, tal vez, al cortarlos; pero no se trocarán en sortijas y cadenas para correr salones; no faltará ni uno en mi cabeza cuando el hierro los siegue; no quiero más que un tijeretazo, y cuando el sacerdote que me bendiga me ponga en el dedo el anillo de oro de mi esposo celestial, el rizo de cabellos que le entregue podrá servirle de manto.

PERDI. Estás enojada.

CAMI. He hecho mal en hablar; tengo mi vida en los labios. ¡Oh, Perdicán, no os burléis; todo esto es triste como la muerte!

PERDI. Pobre chiquilla, te dejo decir, y tengo deseos de responder una palabra. Me hablas de una religiosa que me parece haber tenido funesta influencia sobre ti; dices que ha sido engañada, que ha engañado a su vez y que está desesperada. ¿Estás segura de que si su marido o su amante volvieran a alargarle la mano a través de la reja del locutorio, no alargaría ella la suya?

CAMI. ¿Qué decís? He oído mal.

PERDI. ¿Estás segura de que si su marido o su amante volviesen a decirle que sufriese otra vez, respondería que no?

CAMI. Lo creo.

PERDI. Hay doscientas mujeres en tu monasterio, y la mayor parte de ellas tienen en el fondo del corazón heridas profundas; te las han hecho tocar, han coloreado tu pensamiento virginal con gotas de su sangre. Han vivido, ¿no es cierto?, y te han mostrado con horror el camino de su vida; tú te has santiguado ante sus cicatrices como ante las llagas de Jesús; te han dado puesto en sus procesiones lúgubres, y tú te estrechas contra sus cuerpos descarnados, con temor religioso, cuando ves pasar a un hombre. ¿Estás segura de que si el hombre que pasa fuera el que las engañó, aquel por quien lloran y sufren, aquel a quien maldicen rogando a Dios; estás segura de que al verle no romperían sus cadenas para correr a sus pasadas desdichas, y para apretar contra sus pechos ensangrentados el puñal que las ha herido? ¡Oh, hija mía! ¿Sabes los sueños de esas mujeres que te aconsejan que no sueñes? ¿Sabes qué nombre murmuran cuando los sollozos que salen de sus labios hacen temblar la hostia que les ofrecen? ¿Sabes quiénes son las que se sientan a tu lado, cabeceando para derramar en tu oído su vejez marchita, las que tañen en las ruinas de tu juventud la campana de su desesperación, las que hacen sentir a tu sangre roja la frialdad de sus sepulcros?

CAMI. Me dais miedo. También de vos se apodera la ira.

PERDI. ¿Sabes tú qué son monjas, desgraciada? Y ellas, que te presentan el amor de los hombres como una mentira, ¿saben qué hay algo peor aún: la mentira del amor divino? ¿Saben que es crimen venir a cuchichear a una virgen pa-

labras de mujer? ¡Ah! ¡Qué bien te han adiestrado! ¡Cómo había previsto yo todo esto cuando te detuviste frente al retrato de nuestra tía abuela! Querías marcharte sin darme la mano; no querías volver a ver ni este bosque, ni esta fuentecilla que nos mira llorando; renegabas los días de tu infancia, y la máscara de yeso que las monjas han colocado sobre tus mejillas me negaban un beso de hermano; pero tu corazón ha latido, ha olvidado su lección, él que no sabe leer, y has vuelto a sentarte en esta hierba. Pues bien, Camila; esas mujeres te han dicho la verdad, te han puesto en el camino verdadero; podrá costarme la felicidad de mi vida, pero diles esto de mi parte: el cielo no es para ellas.

CAMI. Ni para mí, ¿verdad?

PERDI. Adiós, Camila; vuelve a tu convento, y cuando te cuenten todos esos espantos que te han envenenado, responde lo que voy a decirte: Todos los hombres son embusteros, inconstantes, falsos, charlatanes, hipócritas, orgullosos o cobardes, despreciables y sensuales; todas las mujeres son pérfidas, artificiosas, vanidosas, curiosas y depravadas. El mundo no es sino una sentina sin fondo en la cual las focas más informes se arrastran y se retuercen sobre montañas de fango; pero en ese mundo hay una cosa santa y sublime: es la unión de dos de esos seres tan imperfectos y tan espantosos. A menudo nos engaña el amor, a menudo nos hiere, a menudo nos hace desdichados; pero amamos, y cuando estamos en el borde del sepulcro, nos volvemos para mirar atrás, y decimos: he sufrido a menudo, me he engañado algunas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido, y no un ser ficticio creado por mi orgullo y por mi tedio. *(Sale.)*

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Delante del castillo.

Entra el *Barón* y *Don Blasio.*

BARON. Independientemente de vuestra desmedida afición al vino, sois un belitre, maestro Blasio. Mis criados os ven entrar furtivamente en la antecocina, y cuando estáis convicto de haberme robado mis botellas del modo más lamentable, creéis justificaros acusando a mi sobrina de una correspondencia secreta.

BLASIO. Pero, señor, dignaos recordar...

BARON. ¡Salid, señor clérigo, y no volváis a aparecer ante mi vista; vuestro modo de obrar es necio, y mi gravedad me obliga a no perdonaros en mi vida! *(Sale. Don Blasio le sigue. Entra Perdicán.)*

PERDI. Quisiera saber si en verdad estoy enamorado. Por una parte, ese modo de interrogar, un tanto atrevido, para una muchacha de diez y ocho años...; por otra, las ideas que esas monjas le han metido en la cabeza, y que costará trabajo corregir. Además, debe marcharse hoy. ¡Diablo! La quiero, es seguro. Después de todo, ¿quién sabe?, puede que repitiese una lección, y además es claro que no le importo nada absolutamente. Además, es bonita, pero tiene modales demasiado decididos, y el tono un poco brusco. Con no pensar en ella, está todo arreglado; está claro que no la quiero. Es cierto que es bonita; pero ¿por qué no quiere quitárseme de la cabeza la conversación de ayer? He pasado la noche chocheando. ¿Dónde voy?... ¡Ah! Sí. Voy al pueblo. *(Sale.)*

CUADRO SEGUNDO

Un camino.

Entra *Don Bridenio.*

BRIDE. ¿Qué estarán haciendo ahora? ¡Ah! Es mediodía... están sentados a la mesa. ¿Qué comerán? ¿Qué no comerán? He visto a la cocinera atravesar el pueblo con un pavo enorme. El pinche llevaba las trufas y una cesta de uvas. *(Entra don Blasio.)*

BLASIO. ¡Oh, desgracia imprevista! Heme aquí, arrojado del castillo, y por consiguiente, del comedor. Ya no beberé el vino de la antecocina.

BRIDE. Ya no veré salir el humo de las fuentes. Ya no calentaré mi vientre copioso al fuego de la noble chimenea.

BLASIO. ¿Por qué una fatal curiosidad me ha arrastrado a escuchar el diálogo de doña Felpa y de la sobrina? ¿Por qué he ido a contar al Barón todo lo que he visto?

BRIDE. ¿Por qué un vano orgullo me ha alejado de esa honrosa comida, en la cual me acogían con tanto agrado? ¿Qué me importaba estar a la derecha o a la izquierda?

BLASIO. ¡Ay! Estaba borracho, preciso es confesarlo, cuando cometí tal locura.

BRIDE. ¡Ay! El vino se me había subido a la cabeza cuando cometí semejante imprudencia.

BLASIO. Me parece que veo al padre cura.

BRIDE. Es el preceptor en persona.

BLASIO. ¡Oh! ¡Oh! Padre cura, ¿qué hacéis ahí?

BRIDE. Voy a comer. ¿No venís vos?

BLASIO. Hoy no. ¡Ay! Don Bridenio, interceded por mí; el Barón me ha despedido. He acusado falsamente a la señorita Camila de sostener una correspondencia secreta, y, sin embargo, Dios me es testigo de que he visto o he creído ver a doña Felpa en el césped. Estoy perdido, padre cura.

BRIDE. ¿Qué me decís?
BLASIO. ¡Ay de mí! La verdad. Estoy en completa desgracia por haber robado una botella.
BRIDE. ¿Cómo habláis, señor mío, de botellas robadas a propósito del césped y de una correspondencia secreta?
BLASIO. Os suplico que aboguéis por mi causa. Soy hombre honrado, don Bridenio. ¡Oh, digno señor don Bridenio, soy vuestro criado!
BRIDE. *(Aparte.)* ¡Oh, fortuna! ¿Es esto un sueño? Estaré, pues, sentado sobre ti, ¡oh, silla bienaventurada!
BLASIO. Os agradeceré que escuchéis mi historia, y que os dignéis disculparme, digno señor mío, amado padre cura.
BRIDE. Me es imposible, señor mío; han dado ya las doce, y me voy a comer. Si él se queja de vos, es cuenta vuestra. No intercedo por un borracho. *(Aparte.)* Pronto, volemos a la verja; y tú, vientre mío, redondéate. *(Sale corriendo.)*
BLASIO. *(Solo.)* ¡Miserable Felpa, tú pagarás por todos! Sí, tú eres la causa de mi ruina, mujer desvergonzada, tercera ruin, a ti es a quien debo esta desgracia. ¡Oh, santa universidad de París! ¡Me tratan de borracho! Estoy perdido si no me apodero de una carta, y no demuestro al Barón que su sobrina sostiene una correspondencia. La he visto esta mañana escribiendo en su secreter. ¡Paciencia! Hay novedades. *(Pasa doña Felpa, llevando una carta).* ¡Felpa, dadme esa carta!
FELPA. ¿Qué significa esto? Es una carta de mi señora, y voy al pueblo a echarla al correo.
BLASIO. ¡Dádmela o sois muerta!
FELPA. ¿Muerta yo? ¡Muerta! ¡Jesús, María! ¡Virgen y mártir!
BLASIO. Sí, muerta, Felpa; dadme ese papel. *(Pelean. Entra Perdicán.)*
PERDI. ¿Qué es esto? ¿Qué hacéis, Blasio? ¿Por qué maltratáis a esta mujer?

FELPA. ¡Devolvedme la carta! ¡Me la ha cogido, señor; justicia!

BLASIO. Es una tercera, señor. Esa carta es un billete de amor.

FELPA. Es una carta de Camila, señor, de vuestra prometida.

BLASIO. Es una carta de amor para un pavero.

FELPA. ¡Mientes, clérigo! ¡Te lo digo yo!

PERDI. Dadme esta carta. No comprendo vuestra disputa; pero en calidad de prometido de Camila, me tomo el derecho de leerla. *(Lee.)* "A Sor Luisa, en el convento de..." *(Aparte.)* ¡Qué maldita curiosidad me sobrecoge, a pesar mío! Mi corazón late con fuerza, y no sé lo que siento... Retiraos, doña Felpa; sois una mujer digna, y don Blasio es un necio. Id a comer. Yo me encargo de llevar esta carta al correo. *(Salen don Blasio y doña Felpa.)* *(Solo.)* Que es un crimen abrir una carta, lo sé demasiado para cometerle. ¿Qué puede decir Camila a esta monja? ¿Estaré enamorado? ¿Qué imperio tiene sobre mí esta chiquilla extraña, para que las tres palabras escritas en este sobre me hagan temblar la mano? Es singular. Blasio, peleando con doña Felpa, ha hecho saltar el sello. ¿Es un crimen romper este pliego? ¡Bueno... qué más da! *(Abre la carta y lee:)* "Me marcho hoy, queridísima, y todo ha sucedido como había previsto. Es una cosa terrible, pero este pobre muchacho tiene el puñal clavado en el corazón; no se consolará de haberme perdido. Sin embargo, he hecho lo imposible por desilusionarle. Dios me perdonará haberle hundido en la desesperación con mi negativa. ¡Ay!, queridísima, ¿cómo lo iba a poder remediar? Reza por mí; mañana volveremos a estar juntas, y para siempre. Tuya con lo mejor de mi alma, Camila." ¿Es posible? ¡Camila escribe esto! ¡Es de mí de quien habla de este modo! ¡Yo desesperado por su negativa! ¡Válgame Dios! Si eso fuera

verdad, se me conocería; porque en el amor no cabe avergonzarse... ¿Que ha hecho lo imposible por desilusionarme, dice, y que tengo el puñal clavado en el corazón? ¿Qué interés puede tener en inventar semejante novela? ¿Acaso es verdad lo que pensé esta noche? ¡Oh, mujeres! ¡Y esta pobre Camila acaso es muy piadosa! Se entrega a Dios de buen corazón, pero ha resuelto y decretado dejarme sumido en desesperación. Las dos buenas amigas lo habían convenido antes de salir del convento. Habían decidido que Camila iba a volver a ver a su primo, que iban a querer casarla con él, que ella se negaría, y que el primo se quedaría desconsolado. ¡Es tan interesante una niña que hace a Dios el sacrificio de la felicidad de su primo! No, no, Camila, no te quiero, no estoy desesperado, no tengo el puñal en el corazón, y te lo demostraré. Sí; sabrás que quiero a otra antes de marcharte de aquí. ¡Hola! ¡Buen hombre! *(Entra un aldeano.)* Vaya usted al castillo; diga usted en la cocina que envíen a un lacayo a llevar esta carta a la señorita Camila. *(Escribe.)*

ALDEA. ¡Sí, señor! *(Sale.)*

PERDI. Y ahora a la otra. ¡Ah! ¡Estoy desesperado! ¡Hola! ¡Roseta! ¡Roseta! *(Llama a una puerta.)*

ROSE. *(Abriendo.)* ¿Sois vos, señor? Entrad, mi madre está en casa.

PERDI. Ponte tu cofia más linda, y vente conmigo.

ROSE. ¿Adónde?

PERDI. Ahora te lo diré: pide permiso a tu madre, pero date prisa.

ROSE. Sí, señor. *(Entra en la casa.)*

PERDI. He pedido otra cita a Camila, y estoy seguro de que acudirá; pero, ¡por Dios!, no hallará lo que piensa. Quiero hacer la corte a Roseta delante de Camila.

CUADRO TERCERO

El bosquecillo.

Entra *Camila* y el *Aldeano.*

ALDEA. Señorita, voy al castillo a llevar una carta para vos; ¿os la doy, o la llevo a entregar a la cocina, como me ha dicho el señor Perdicán?

CAMI. Dámela.

ALDEA. Si preferís que la lleve al castillo, no puedo detenerme.

CAMI. ¡Te digo que me la des!

ALDEA. Como os plazca. *(Le da la carta.)*

CAMI. Toma, por tu trabajo.

ALDEA. Muchas gracias. Me marcho, ¿no?

CAMI. Si quieres.

ALDEA. Me marcho, me marcho. *(Sale.)*

CAMI. *(Leyendo.)* Perdicán me pide que le diga adiós, junto a la fuentecilla donde le cité ayer. ¿Qué tendrá que decirme? La fuente está aquí mismo, y me dan tentaciones... ¿Debo conceder esta segunda cita? ¡Ah! *(Se esconde detrás de un árbol.)* Ahí viene Perdicán con Roseta, mi hermana de leche. Supongo que ahora la dejará. No quiero que parezca que llego la primera. *(Entran Perdicán y Roseta, que se sientan. Escondida, aparte)* ¿Qué quiere decir esto? ¡La hace sentarse a su lado! ¿Me pide una cita para venir a hablar con otra? Tengo curiosidad por saber lo que le está diciendo.

PERDI. *(En voz alta para que Camila le oiga.)* ¡Te quiero, Roseta! Tú eres la única en el mundo que no has olvidado nada de nuestros hermosos días pasados; tú sola te acuerdas de la vida que ya no existe; toma tu parte de mi vida nueva; dame tu corazón, niña querida; he aquí la prenda de nuestro amor. *(Le pone su cadena al cuello.)*

ROSE. ¿Me dais vuestra cadena de oro?

PERDI. Ahora, mira esta sortija. Levántate, y acer-

quémonos a esa fuente. ¿Nos ves a los dos en lo hondo, apoyados uno en otro? ¿Ves tus hermosos ojos junto a los míos, tu mano entre la mía? Mira cómo se borra todo. *(Tira la sortija al agua.)* Mira cómo ha desaparecido nuestra imagen; mira cómo vuelve poco a poco; el agua, que se había removido, vuelve a recobrar su equilibrio; aún tiembla; grandes círculos negros corren sobre su superficie; paciencia, ya reaparecemos; ya distingo de nuevo tus brazos enlazados con los míos; dentro de un minuto, ya no habrá ni una arruga en tu lindo rostro. ¡Mira, era una sortija que me había dado Camila!

CAMI. *(Aparte.)* ¡Ha tirado mi sortija al agua!

PERDI. ¿Sabes tú qué es amor, Roseta? ¡Escucha! El viento se calla; la lluvia de la mañana resbala en perlas sobre las hojas secas que el sol reanima. ¡Por la luz del cielo, por el sol que nos ve, te quiero! ¿Tú me quieres a mí, verdad? Nadie ha marchitado tu juventud; nadie ha infiltrado en tu sangre roja los restos de una sangre cansada. Tú no quieres meterte monja; eres joven y hermosa, y estás en los brazos de un hombre joven como tú. ¡Oh, Roseta, Roseta!, ¿sabes tú qué es amor?

ROSE. ¡Ay, señor doctor, os amaré como pueda!

PERDI. Sí, como puedas; y me amarás mejor, aunque soy doctor, y tú eres aldeana, que esas estatuas pálidas fabricadas por las monjas, que tienen la cabeza en el sitio del corazón, y que salen de los claustros para venir a derramar por la vida la atmósfera húmeda de sus celdas. Tú no sabes nada; tú no sabrías leer en un libro la oración que tu madre te ha enseñado, como a ella se la enseñó su madre; ni siquiera comprendes el sentido de las palabras que vas repitiendo, cuando te arrodillas al pie de tu cama; pero comprendes que rezas, y eso es todo lo que Dios necesita.

ROSE. ¡Cómo me habláis, señor!

PERDI. Tú no sabes leer; pero sabes qué dicen estos bosques y estas praderas, estos arroyos tibios, estos hermosos campos cubiertos de mies, toda esta naturaleza espléndida de juventud. Tú reconoces a todos esos miles de hermanos, y a mí, uno entre ellos; levántate, tú serás mi mujer, y arraigaremos juntos en la savia del mundo todopoderoso. *(Sale con Roseta.)*

CUADRO CUARTO

Entra el *Coro.*

CORO. Algo extraño pasa seguramente en el castillo; Camila se ha negado a casarse con Perdicán; hoy debe volver al convento de donde ha venido. Pero creo que su señor primo se ha consolado con Roseta. ¡Ay!, la pobre muchacha no sabe qué peligro corre escuchando la charla de un señor joven y galante.

FELPA. *(Entrando.)* ¡Pronto, pronto, que ensillen mi asno!

CORO. ¿Pasaréis como un sueño ligero, oh, dueña venerable? ¿Vais inmediatamente a subir sobre ese pobre animal que tan triste se siente bajo vuestro peso?

FELPA. A Dios gracias, amada canalla, no moriré aquí.

CORO. Morid lejos, Felpa amiga; morid desconocida en una cripta malsana. Haremos votos por vuestra respetable resurrección.

FELPA. Mi señora viene. *(A Camila, que entra.)* Querida Camila, todo está dispuesto para nuestra marcha; el Barón ha dado sus cuentas, y mi asno está albardado.

CAMI. ¡Idos al diablo vos y vuestro asno! No me marcho. *(Sale.)*

CORO. ¿Qué significa esto? Doña Felpa está pálida de terror; sus cabellos postizos intentan erizarse, su pecho silba con fuerza, y sus dedos se alargan y se crispan.

FELPA. ¡Jesucristo! ¡Camila ha jurado! *(Sale.)*

CUADRO QUINTO

Entran el *Barón* y *Don Bridenio.*

BRIDE. Señor: es preciso que os hable reservadamente. Vuestro hijo hace la corte a una aldeana.

BARON. Eso es absurdo, amigo mío.

BRIDE. Estos ojos le han visto pasar por el brezal dándole el brazo; se inclinaba a su oído, y le prometía casarse con ella.

BARON. Eso es monstruoso.

BRIDE. Podéis estar seguro; le ha hecho un regalo considerable, que la chiquilla ha enseñado a su madre.

BARON. ¡Oh, cielos! ¿Considerable, Bridenio? ¿Considerable, en qué?

BRIDE. Considerable en peso y en consecuencias. La cadena de oro que llevaba en el sombrero.

BARON. Pasemos a mi despacho; no sé qué pensar. *(Salen.)*

CUADRO SEXTO

La habitación de Camila.

Entran *Camila* y *Doña Felpa.*

CAMI. ¿Decís que ha cogido mi carta?

FELPA. Sí, hija mía; se ha encargado de echarla al correo.

CAMI. Id al salón, Felpa, y hacedme el favor de decir a Perdicán que le estoy esperando aquí. *(Doña Felpa sale.)* Ha leído mi carta, es seguro; su escena del bosque es una venganza, como su amor por Roseta. Ha querido demostrarme que amaba a otra, y fingirse indiferente a pesar de su despecho. ¿Me querrá? *(Levanta el tapiz.)* ¿Estás ahí, Roseta?

ROSE. *(Entrando.)* Sí; ¿puedo entrar?

CAMI. Escucha, hija mía: el señor Perdicán ¿no te hace la corte?

ROSE. ¡Ay! Sí.

CAMI. ¿Qué piensas de lo que te ha dicho esta mañana?

ROSE. ¿Esta mañana? ¿Dónde?

CAMI. ¡No seas hipócrita!... Esta mañana en la fuente, en el bosquecillo.

ROSE. ¿Me habéis visto?

CAMI. ¡Pobre inocente! No, no te he visto. Te ha dicho muchas cosas bonitas, ¿no? Apostemos a que te ha prometido casarse contigo.

ROSE. ¿Cómo lo sabéis?

CAMI. ¿Qué importa el cómo lo sé? ¿Crees en sus promesas?

ROSE. ¿Cómo no voy a creer? ¿Me iba a engañar? ¿Para qué?

CAMI. Perdicán, hija mía, no se casará contigo.

ROSE. ¡Ay de mí! No lo sé.

CAMI. ¿Le quieres, infeliz? No se casará contigo, y la prueba voy a dártela yo: vuelve a esconderte detrás de esa cortina; no tienes más que oír y entrar cuando yo te llame. *(Roseta sale. Sola.)* Yo que creí hacer acto de venganza, ¿estaré haciendo obra de caridad? Esta pobre muchacha se ha dejado prender el corazón. *(Entra Perdicán.)* Buenos días, primo; sentaos.

PERDI. ¡Qué traje tan elegante, Camila! ¿Contra quién va?

CAMI. Contra vos, tal vez; siento no haber podido acudir a la cita que me habéis pedido. ¿Teníais algo que decirme?

PERDI. *(Aparte.)* Por mi vida, he aquí una mentirilla bastante gorda para un cordero sin mancha; la he visto detrás de un árbol escuchando la conversación. *(Alto.)* No tengo que deciros más que adiós, Camila. Creí que os marchabais; sin embargo, vuestro caballo está en la cuadra, y no parecéis estar en traje de viaje.

CAMI. Me gusta la discusión; no estoy muy segura

de haber agotado el deseo de disputar con vos.

PERDI. ¿De qué sirve disputar, cuando la reconciliación es imposible? El placer de las disputas consiste en hacer las paces.

CAMI. ¿Y estáis convencido de que no quiero hacerlas?

PERDI. No os burléis; no soy capaz de responderos.

CAMI. Quisiera que me hiciesen la corte; no sé si será porque estreno traje, pero tengo gana de divertirme. Me habéis propuesto ir al pueblo; vamos, consiento. Vayamos en barca; me gustaría comer en el campo o dar un paseo por el bosque. ¿Hay luna esta noche? Es extraño, no lleváis ya en el dedo la sortija que os di.

PERDI. La he perdido.

CAMI. Por eso, entonces, la he encontrado yo; tomadla, Perdicán, aquí está.

PERDI. ¿Es posible? ¿Dónde la habéis encontrado?

CAMI. Miráis a ver si tengo las manos mojadas, ¿no es eso? A decir verdad, he echado a perder mi traje de convento para sacar esta baratija de la fuente. Por eso me he puesto otro, y, como os digo, el traje me ha mudado el humor. Ponéosla en el dedo.

PERDI. ¿Has sacado esta sortija del agua, Camila, a riesgo de caer tú en la fuente? ¿Es un sueño? ¡Aquí está! ¡Pónmela tú! ¡Ah, Camila!, ¿por qué me devuelves esta triste prenda de una felicidad que ya no existe? Habla, chiquilla coqueta e imprudente: ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedas?, ¿por qué de una hora a otra cambias de apariencia y de color, como cambia la piedra de esta sortija con cada rayo de sol?

CAMI. ¿Conocéis el corazón de las mujeres, Perdicán? ¿Estáis seguro de su inconstancia, y sabéis si cambian realmente de pensamiento al cambiar a veces de modo de hablar? Hay quien dice que no. Sin duda, muchas veces nos vemos obligadas a representar un papel, a mentir; ya veis que soy franca; pero ¿estáis se-

guro de que todo mienta en una mujer cuando miente su lengua? ¿Habéis reflexionado bien en la naturaleza de ese ser débil y violento, en el rigor con que se le juzga, en los principios que se le imponen?... ¿Quién sabe si, obligada por el mundo a mentir, la cabeza de esta criaturita sin seso no puede llegar a tomar la obligación por diversión y a mentir a veces por pasatiempo, por locura, lo mismo que miente por necesidad?

PERDI. No entiendo nada de eso, y yo no miento nunca. Te quiero Camila; eso es todo lo que sé.

CAMI. ¿Decís que me amáis y no mentís nunca?

PERDI. Nunca.

CAMI. Aquí hay una que, sin embargo, dice que sabéis mentir algunas veces. *(Levanta el tapiz; Roseta aparece en el fondo, demayada sobre una silla.)* ¿Qué responderéis a esta niña, Perdicán, cuando os pida cuenta de vuestras palabras? Si no mentís nunca, ¿por qué se ha desmayado al oiros decir que me amáis? Os dejo con ella; intentad hacerla volver en sí. *(Quiere salir.)*

PERDI. Un instante, Camila, escuchadme.

CAMI. ¿Qué queréis decirme? A Roseta es a quien debéis hablar. Yo no os amo; yo no he ido a buscar por despecho a esta infeliz chiquilla en el fondo de su choza para hacer de ella un cebo, un juguete; yo no he repetido imprudentemente ante ella palabras de fuego dirigidas a otra; yo no he fingido arrojar al viento, por ella, el recuerdo de una amistad querida; yo no le he puesto al cuello mi cadena; yo no le he dicho que me casaría con ella.

PERDI. ¡Oídme... oídme!

CAMI. ¿No has sonreído hace un momento, cuando te he dicho que no había podido ir a la fuente? Pues bien, ¡sí!, estaba allí y lo he oído todo; pero, Dios me es testigo, no quisiera haber hablado como tú. ¿Qué vas a hacer de esta muchacha, ahora, cuando venga, con tus

besos ardientes sobre los labios, a mostrarte llorando la herida que le has hecho? Has querido vengarte de mí, ¿no es verdad?, y castigarme por una carta escrita a mi convento. Has querido arrojarme a toda costa algún dardo que pudiera alcanzarme, y nada te importó que tu flecha envenenada atravesase a esta chiquilla, con tal que tras ella me hiriese a mí. Me había jactado de haberte inspirado un poco de amor, de dejarte un poco de tristeza. Eso te ha herido en tu noble orgullo. ¡Pues bien!; sábelo por mí: me quieres, ¿lo oyes? ¡Pero te casarás con esta criatura, o serás un cobarde!

PERDI. Sí, me casaré con ella.

CAMI. Y harás muy bien.

PERDI. Muy bien, y mucho mejor que casándome contigo. ¿Qué hay, Camila? ¿Por qué te alteras tanto? Esta niña está desmayada; ya lograremos hacerla volver en sí; para ello no hace falta más que un frasco de vinagre; has querido probarme que había mentido una vez en mi vida; es posible, pero a mucho te atreves si quieres decidir en qué momento. Ven, ayúdame a socorrer a Roseta. *(Salen.)*

CUADRO SEPTIMO

El *Barón* y *Camila.*

BARON. Si eso sucede, me volveré loco.

CAMI. Haced uso de vuestra autoridad.

BARON. Me volveré loco y negaré mi consentimiento, es seguro.

CAMI. Debierais hablarle y hacerle entrar en razón.

BARON. Esto me tendrá desesperado todo el Carnaval, y no iré ni una sola vez a la corte. Es un matrimonio desproporcionado. Nunca se ha oído que nadie se case con la hermana de leche de su prima; esto pasa toda clase de límites.

CAMI. Mandadle llamar y decidle claramente que esa

boda os disgusta. Creedme, es una locura; no se atreverá a desobedeceros.

BARON. Todo el invierno iré vestido de negro, tenedlo por seguro.

CAMI. ¡Pero habladle, por el amor de Dios! Ha hecho una insensatez; acaso ya es tarde; si ha hablado de ello, lo hará.

BARON. Voy a encerrarme para entregarme a mi dolor. Si pregunta por mí, decidle que estoy encerrado y que me entrego a mi dolor, al ver que se casa con una chiquilla sin nombre. *(Sale.)*

CAMI. ¿No encontraré un hombre de corazón? En verdad, cuando busca uno a alguien, se asusta de su propia soledad. *(Entra Perdicán.)* ¿Cuándo es la boda, primo?

PERDI. Lo antes posible; ya he hablado al notario, al cura y a todos los aldeanos.

CAMI. ¿De modo que estáis decidido de veras a casaros con Roseta?

PERDI. Seguramente.

CAMI. ¿Qué dirá vuestro padre?

PERDI. Lo que quiera; me agrada casarme con esta muchacha; es una idea que os debo, y me afirmo en ella. ¿Será preciso que os repita los lugares comunes más gastados sobre su nacimiento y el mío? Es joven y bonita, y me quiere; más de lo que hace falta para ser tres veces feliz. Que tenga ingenio o que no le tenga, otra peor hubiese podido encontrar. Vociferarán, se burlarán: me lavo las manos.

CAMI. No hay nada risible en todo ello; hacéis muy bien en casaros con ella. Pero me disgusta una cosa: dirán que os habéis casado por despecho.

PERDI. ¿Y eso os disgusta? De seguro que no.

CAMI. Sí, lo siento por vos. Habla muy poco en favor de un joven el no haber podido resistir a un momento de despecho.

PERDI. Sentidlo, enhorabuena; a mí me da lo mismo.

CAMI. Lo decís, pero no lo pensáis. Es una muchacha de nada.

PERDI. Cuando sea mi mujer será algo.

CAMI. Os cansaréis de ella antes de que el notario se haya puesto la casaca nueva y los zapatos para venir aquí; sentiréis náuseas en la comida de boda, y la misma noche de la fiesta haréis que corten a la novia los pies y las manos, como en todos los cuentos árabes, porque olerá a guisote.

PERDI. Ya veréis cómo no. No me conocéis; cuando una mujer es suave y sensible, sana, buena y hermosa, soy capaz de darme por muy satisfecho; sí, en verdad, y sobre todo de no preocuparme de si sabe latín o deja de saberlo.

CAMI. ¡Es lástima que hayan gastado tanto dinero en hacéroslo aprender! Tres mil escudos tirados a la calle.

PERDI. Sí, hubiera valido más dárselos a los pobres.

CAMI. Vos os encargaréis de dárselos... a los pobres de espíritu, se entiende.

PERDI. Y ellos me darán a mí, en cambio, el reino de los cielos, porque es suyo.

CAMI. ¿Cuánto tiempo va a durar esta broma?

PERDI. ¿Qué broma?

CAMI. Vuestro matrimonio con Roseta.

PERDI. Muy poco; Dios no ha hecho del hombre obra duradera: lo más treinta o cuarenta años.

CAMI. Tengo deseos de bailar en vuestra boda.

PERDI. ¡Escuchadme, Camila! Vuestro tono de broma está muy fuera de lugar.

CAMI. Me gusta demasiado para prescindir de él.

PERDI. Entonces, os dejo, porque a mí no me hace ninguna gracia.

CAMI. ¿Vais a casa de vuestra prometida?

PERDI. Sí, ahora mismo.

CAMI. Dadme el brazo; voy yo también. *(Entra Roseta.)*

PERDI. ¡Tú aquí, hija mía! Ven, quiero presentarte a mi padre.

ROSE. *(Arrodillándose.)* Señor, vengo a pediros una

gracia. Todos los del pueblo con quienes he hablado esta mañana me han dicho que estáis enamorado de vuestra prima, y que no me habéis hecho la corte más que para divertiros los dos; se burlan de mí cuando paso, y después de haber sido la irrisión de todo el pueblo, nunca podré encontrar marido. Permitidme que os devuelva el collar que me habéis dado y que viva en paz en casa de mi madre.

CAMI. Eres una buena muchacha, Roseta. Conserva ese collar: soy yo quien te lo da, y mi primo se quedará, en cambio, con el mío. En cuanto a encontrar marido, no te preocupes: yo me encargo de buscártele.

PERDI. No es difícil, efectivamente. Vamos, Roseta, que quiero presentarte a mi padre.

CAMI. ¿Para qué? Es inútil.

PERDI. Sí, tenéis razón, mi padre nos recibiría mal; hay que dejar pasar el primer momento de sorpresa. Ven conmigo, volveremos a la plaza. Me hace gracia que se atrevan a decir que no te quiero, cuando me caso contigo. ¡Pardiez! Les haremos callar. *(Sale con Roseta.)*

CAMI. ¿Qué pasa por mí? Se la lleva con aire completamente tranquilo. Es particular. Parece que me da vueltas la cabeza. ¿Se casará de veras? ¡Hola! ¡Doña Felpa, doña Felpa! ¿No hay nadie aquí? *(Entra un lacayo.)* Corred tras el señor Perdicán; decidle en seguida que suba aquí, que tengo que hablarle. *(Sale el lacayo.)* Pero ¿qué es esto? No puedo más, no me tienen las piernas. *(Entra Perdicán.)*

PERDI. ¿Me habéis llamado, Camila?

CAMI. No, no...

PERDI. En verdad, estáis pálida; ¿qué tenéis que decirme? ¿Me habéis hecho llamar para hablarme?

CAMI. ¡No, no!... ¡Ay, Señor, Dios mío! *(Sale.)*

CUADRO OCTAVO

Un oratorio.

Entra *Camila* y se arroja al pie del altar.

CAMI. ¿Me habéis abandonado, Dios mío? Vos lo sabéis, cuando vine aquí había jurado seros fiel; cuando me he negado a ser esposa de un hombre, creí hablar sinceramente ante Vos y ante mi conciencia; lo sabéis, Dios mío... ¿Ya no me queréis por vuestra? ¡Oh! ¿Por qué hacéis mentir a la misma verdad? ¿Por qué soy tan débil? ¡Ah, desdichada de mí, ya no puedo rezar! *(Entra Perdicán.)*

PERDI. Orgullo, el más fatal de los consejeros humanos, ¿qué has venido a hacer entre esta chiquilla y yo? Ahí está, pálida, asustada, apretando contra las losas insensibles su corazón y su rostro. Hubiera podido amarme, y habíamos nacido el uno para el otro; ¿qué has venido a hacer en nuestros labios, orgullo, cuando nuestras manos iban a juntarse?

CAMI. ¿Quién me ha seguido? ¿Quién habla bajo esta bóveda? ¿Eres tú, Perdicán?

PERDI. ¡Insensatos de nosotros! Nos amamos. ¿Qué sueño hemos soñado, Camila? ¿Qué palabras vanas, qué miserables locuras han pasado entre nosotros como viento funesto? ¿Cuál de nosotros ha querido engañar al otro? ¡Ay, esta vida es, en sí misma, un sueño tan penoso! ¿Por qué mezclar con ella nuestros propios sueños? ¡Oh, Dios mío! ¡La felicidad es perla tan rara en este océano! Tú nos la habías dado, pescador celeste; tú habías sacado para nosotros de las profundidades del abismo este joyel inestimable, y nosotros, como niños mimados, hemos hecho un juguete de la perla. ¡El sendero verde que nos llevaba uno hacia otro tenía una pendiente tan suave, estaba bordeado de zarzas tan floridas, se perdía en un horizonte tan quieto! ¡Y ha sido preciso

que la vanidad, la garrulería y la ira viniesen a lanzar sus pedruscos informes sobre este camino celeste, que nos hubiese conducido hasta Ti en un beso! ¡Ha sido menester que nos hiciésemos daño el uno al otro, porque somos hombres! ¡Oh, insensatos! Nos amamos... *(La coge en sus brazos.)*

CAMI. Sí, nos amamos, Perdicán; déjame sentirlo sobre tu corazón. Dios, que nos está viendo, no se ofenderá; quiere que te quiera: hace quince años que lo sabe.

PERDI. ¡Querida mía, eres para mí! *(La abraza, y se oye un grito detrás del altar.)*

CAMI. Es la voz de mi hermana de leche.

PERDI. ¿Cómo está aquí? La había yo dejado detrás de la escalera cuando me has mandado llamar. Me habrá seguido sin que yo me dé cuenta.

CAMI. Entremos en esa galería; ahí es donde han gritado.

PERDI. No sé qué siento; me parece que tengo las manos cubiertas de sangre.

CAMI. La pobre chiquilla, sin duda, nos ha espiado; se ha vuelto a desmayar; ven, socorrámosla ¡Ay, qué cruel es todo esto!

PERDI. No; no entraré; siento un frío mortal, que me paraliza. Anda tú, Camila; procura traerla. *(Camila sale.)* ¡Dios mío, os lo suplico! ¡No hagáis de mí un asesino! Ya veis lo que pasa; somos dos chiquillos insensatos, y hemos jugado con la vida y la muerte; pero nuestro corazón es puro. ¡No matéis a Roseta, Dios justo! Yo le encontraré marido, repararé mi falta. Es joven: será feliz. ¡No hagáis eso, Dios mío! Aún podéis bendecir a cuatro hijos vuestros. *(Camila vuelve a entrar.)* ¿Qué? ¿Qué hay?

CAMI. Ha muerto. ¡Adiós, Perdicán!

TELÓN

OBRAS DRAMATICAS DE GREGORIO MARTINEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCION DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cin-

co cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

MAMA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT.—Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASION.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL AMOR BRUJO.—Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)

AMANECER.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL REINO DE DIOS.—Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD.—Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA.—Acción mímica

en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

LA ADULTERA PENITENTE.—Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación libre de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

ESPERANZA NUESTRA.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

LA LLAMA.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)

ROSINA ES FRAGIL.—Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO.—Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORAZON CIEGO.—Comedia en cuatro actos. (Teatro Eslava.)

ARTE DE AMAR.—Comedia de payasos en un acto. (Teatro Eslava.)

DON JUAN DE ESPAÑA.—Tragicomedia. (Teatro Eslava.)

Concesionaria para la venta: Editorial "Saturnino Calleja", S. A.—Valencia, núm. 28. Madrid.

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Óscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.

43 *Señora ama,* por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia,* por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal,* por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra,* por Luis Fernández Ardavín.
47 *La intrusa,* por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz,* por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los Leales,* por S. y J. Alvarez Quintero.
50 *El collar de estrellas,* por Jacinto Benavente.
51 *El llanto,* por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia,* por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada,* por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos,* por Jacinto Benavente.
55 *La Raza,* por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres,* por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos,* por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien,* por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro,* por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés,* por José Fernández del Villar.
61. *El azar,* por Federico Oliver.

LEA USTED Y COLECCIONE TODOS LOS NUMEROS Y POSEERA UNA SELECTA BIBLIOTECA DE OBRAS TEATRALES DE LOS MEJORES AUTORES

LA MAYORIA DE LOS CUALES HAN CONCEDIDO LA

E X C L U S I V A

DE SUS PRODUCCIONES

A NUESTRA PUBLICACION